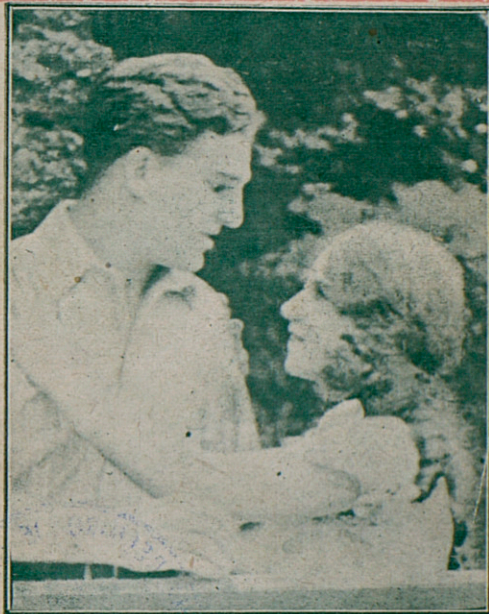


LA NOVELA FILM

N.º 67

30 cts.



¡SI YO TUVIERA MADRE!

LA NOVELA FILM

Redacción { Lauria, n.º 96
Administración { BARCELONA

Año II

N.º 67

¡Si yo tuviera madre!

Sentimental produc-
ción cinematográfi-
ca, interpretada por

Doris Eaton

Walter Tennyson

EXCLUSIVAS

Levantische Film

FONTANELLA, 9
BARCELONA



¡SI YO TUVIERA MADRE!

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Lady Sybil Edwards, esposa en segundas nupcias del hombre político lord Edwards, era de esa categoría de mujeres que, atentas sólo a su egolatría y orgullo insaciables, no tienen inconveniente en sacrificarlo todo, incluso los más delicados sentimientos afectivos.

Lord Edwards representaba el antípoda de su esposa, prefiriendo la paz de su hogar a la guerra exterior por los honores públicos.

Tan era así que, un día, lady Sybil no pudo ocultar a su marido el disgusto que le producía la irritante pasividad de su vida política.

—Pudiendo aspirar con sobrados títulos al puesto de jefe del gobierno, ni siquiera te has preocupado de que te nombren ministro—le dijo.

—Lo que ahora me preocupa con interés superior a esas vanidades de lucro personal, es la salud, bastante quebrantada, de mi querida hija—respondió con calma lord Edwards.

—De ello quería, precisamente, hablarte. El doctor ha prescrito que se envíe a Rosaura al campo; y puesto que Nannie dice que la granja de su hermana es muy pintoresca y se honrará mucho en recibir a la niña, es allí a donde la debemos mandar, ¿no te parece?

—Si Rosaura cree que allí ha de estar bien...

En la habitación lindante con el saloncito donde hablaba el matrimonio Edwards, Rosaura—la hija única del hombre político, que no había encontrado en la hierática rigidez de su madrastra, el acogedor afecto a que tenía derecho en su solitaria orfandad—, se resistía a obedecer a Nannie, su institutriz, única amiga, su bondadosa confidente, que la empujaba hacia la puerta para que la abriese y les dijera a sus padres lo que les tenía que decir.

—Decídetes ya, Rosaura. Estoy segura que te dirá que sí.

—¿No se enfadará conmigo?

—Al contrario, tontina.

Rosaura no titubeó más y presentóse ante su padre.

—Nannie desea que yo vaya a pasar una temporada a la granja de su hermana. Si tú me das permiso, a mí me agradaría mucho irme, papá.

—¡Encantado, hija mía! ¡Si de lo mismo, casualmente, estábamos hablando ahora tu madre y yo!

—¿De modo que puedo ir?

—Pues claro, Rosaura.

—¡Oh, qué contenta estoy, papá!

Lady Sybil tomó aparte a Nannie, y le hizo

varias recomendaciones; la siguiente, entre otras:

—Ha de advertir usted a su hermana, que mientras Rosaura permanezca en la granja, nadie más que ustedes ha de saber que se trata de la hija de lord Edwards. Nuestra posición social no nos permite proceder de otra manera.

—El deseo de la señora será cumplido.

La despedida entre el padre y la hija fué muy tierna; y excesivamente fría la que lady Sybill dispensó a Rosaura.

Al día siguiente, la preciosa enfermita, que era un esplendente capullo de rosa de mayo, era conducida desde su artificioso retiro de la buena sociedad, hasta la granja, donde le aguardaba una vida libre, sana y honesta, entre las sencillas gentes del campo.

Ruben Haslar, propietario de la granja y cuñado de Nannie, aguardaba a ésta y Rosaura, en su coche, en la estación.

Regina Haslar, esposa del granjero, lo preparaba todo para el mejor recibimiento de las visitantes.

Juan Haslar, muchacho tan fuerte de cuerpo como de espíritu, hijo único del matrimonio, no había dado la más mínima importancia a la noticia de que Rosaura iba a veranear en la granja, y seguía trabajando cuando faltaba poco para que aquélla llegara.

Elena, sobrina y sirvienta al mismo tiempo de los propietarios de la granja, aspiraba a ser la novia de Juan, y ansiaba conocer a la anunciada señorita, deseando que fuese muy fea, pero muy fea.

Celosa de natural, Elena sondeó el ánimo de Juan.

—¿No te cambias de traje para recibir como se merece a la aristocrática señorita Rosaura Edwards?

—¿Yo? No seas necia, mujer. ¿No estoy bien así? Ya sabes que el traje nuevo no acostumbro a ponérmelo más que en las grandes ocasiones.

A poco llegó a la granja el carruaje del señor Haslar; la señora Regina subió a recibir a su hermana y a Rosaura; y Juan y Elena contemplaron a ésta desde lejos.

A juicio de la pueblerina, la joven de la ciudad no era desagradable; pero le supo a gloria que Juan no la encontrase interesante.

—¿Qué te parece la niña?—le preguntó, para saber exactamente lo que él opinaba de ella.

—No merece la pena. Es una figurilla insignificante. Muy poquita cosa.

—Sí, ¿verdad?

—Eres tú mucho más airosa y más perfecta que la señorita Rosaura.

—Sí, ¿verdad?

Y Elena no cabía de gozo en su cuerpo.

Entretanto, después de la presentación de Rosaura, Nannie dijo a su hermana:

—Por razones de orgullo, la madrastra no quiere que la señorita use su verdadero apellido. Así, mientras esté aquí, se llamará Rosaura Forrest.

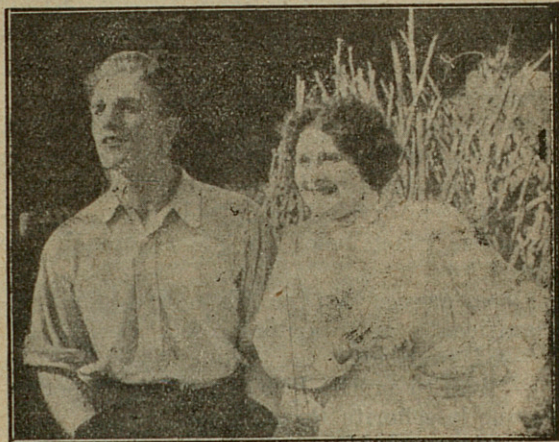
—Respetaremos el cambio, no te preocupes. ¿La muchacha tiene buen carácter?

—Excelente.

—Así lo parece. Ya sabes que aquí nada ha de faltarle.

El señor Haslar desenganchaba el caballo del coche, mientras su esposa y su cuñada, ya en la casa, procuraban que todo cuanto Rosaura iba viendo le resultase agradable.

De repente, la señora Haslar pensó en su



—No merece la pena. Es una figurilla insignificante. Muy poquita cosa.

—Sí, ¿verdad?

hijo, que no estuvo al pie del vehículo para recibir a la forastera y a la tía, y salió a llamarle.

Juan, que era excesivamente tímido, no se decidía a acudir al llamamiento de su madre,

que hubo de llamarlo varias veces; y al entrar aquél en la cabaña, y encontrarse frente a la distinguida muchacha, se le hizo un nudo en la garganta que le impidió hablar.

—Este es Juan, mi hijo—dijo a Rosaura la señora Haslar. Y a Juan—: Esta señorita es la cariñosa alumna de tu tía Nannie, a quien tampoco has saludado aún.

Juan alargó la mano a Rosaura, sin poder pronunciar una sola palabra inteligible. Rosaura, en cambio, le dijo, sonriente, deliciosamente ingenua:

—¿De modo que usted es Juan, el sobrino de Nannie? Ya le conocía a usted. Mi institutriz me hablaba constantemente de usted haciéndole grandes elogios.

Juan, violento a causa de su timidez, no supo hacer más que dar las gracias, las palabras precisas, y librarse del “suplicio” de la sonrisa de Rosaura.

* * *

Durante las semanas que fueron sucediéndose, Rosaura pudo ir saboreando con deleite el placer de la verdadera libertad, sin las restricciones y cortapisas de una convencional etiqueta.

Los Haslar estaban encantados de ella, y se esmeraban en educarla en el conocimiento del campo, que tanto la entusiasmaba.

En el ingenuo corazón de Juan—tan ingenuo como el de Rosaura—germinaban insensiblemente sentimientos nuevos, desconocidas

sensaciones, traducidas en simpatía por Rosaura, a cuya irresistible atracción el buen muchacho no se podía sustraer.

Así las cosas, un buen día, hallándose Rosaura embebida en la lectura de un libro de un afamado novelista, aislada en el vasto granero, desde el que dominaba la llanura, Juan fué a reunirse allí con ella, y al presentársele de súbito, le dijo:

—Me he dado prisa en terminar mi trabajo, para poder disfrutar un rato de su agradable compañía.

—Es usted muy amable, Juan.

—¡Desearía oír cómo lee usted otra vez! ¡Qué voz tan dulce, qué música tan bonita!... ¡Yo le juro no haber oído jamás otra igual!

Y Rosaura, con la felicidad que da el ser halagada, leyó algunas bellas frases de amor...

Cuando el amor es verdadero, nada puede oponerse a su paso. Amémonos. El amor es vida... y tú eres mi única ilusión.

Alguien escuchaba en el centro de la escalera por la que se subía al granero. La espía era Elena, que viera a Juan desaparecer en dirección a aquel almacén, y le siguió presa de celos.

Aquellos inocentes coloquios de Juan y Rosaura despertaron en el alma de la pueblerina, tempestades violentas de envidias y de celos feroces, al interpretarlos erróneamente.

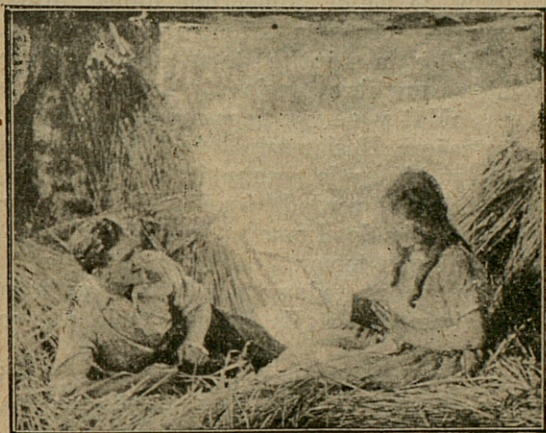
Rencorosa, Elena fué al encuentro de la señora Haslar, para vengarse delatando la conducta de los dos jóvenes, lanzando contra ellos, convencida de que no mentía, esta calumnia:

—A Juan y Rosaura los he sorprendido en el granero haciéndose el amor.

—¿Qué dices, mala lengua?

—No faltó en lo más mínimo a la verdad, tía. He oído solamente que ella le decía que el amor es vida, y que Juan es su única ilusión.

—Me parece que tú estás soñando, sobrina



Cuando el amor es verdadero, nada puede oponerse a su paso.

mía.

—No, tía, no sueño. Bien segura estoy de que esa mosquitamuerta está sorbiéndole el seso a Juan. Y porque creo cumplir con mi deber, he venido a comunicártelo.

—Pongo en cuarentena lo que acabas de decirme..., pues yo no sospecho nada.

—¿De modo que no me crees?

—Basta, Elena. Ya sé lo que debo hacer.

Rosaura, por complacer a Juan, que se lo pidió con toda su alma, seguía leyendo bellas frases del poético libro, hasta que, cayendo la tarde, regresaron a la casa.

Juan, de mejor humor que nunca, dijo a su madre, apenas la encontró, a solas:

—Madre, la señorita Rosaura ha estado leyéndome un libro precioso. ¡Ah, si tú la hubieras oído! ¡Qué voz tiene esa muchacha!

La señora Haslar miró en el fondo de los ojos a su hijo, y le preguntó:

—¡Dime la verdad, Juan! ¿Es cierto que estabas haciendo el amor a la señorita?

Sin ningún temor, Juan dijo la verdad:

—No, madre, todavía no. Pero... ¡quién sabe si algún día!... ¡Es tan agradable, tan bonita!...

—¡Guárdate de llegar a semejante atrevimiento, hijo mío!—prohibió terminantemente la madre.

—¿Por qué he de renunciar a ella?

—Esa señorita nos ha sido confiada, y no podemos abusar de tal confianza. Además, a nosotros, los humildes, nos está vedado ponerlos a la altura de personas tan principales.

—¿Un hombre honrado, no puede aspirar a ser el marido de una mujer por muy elevada que sea su condición social?

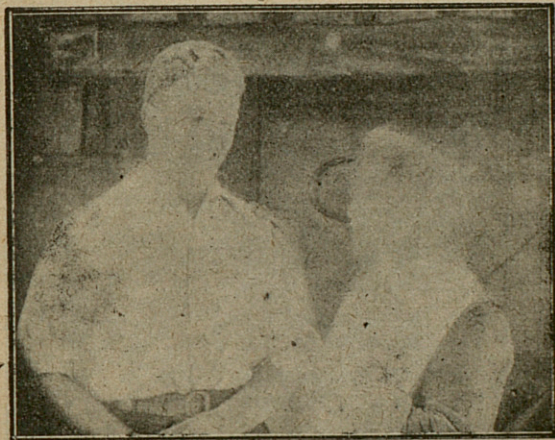
—¿Acaso te hallas tú en situación de casarte con una dama de la más refinada aristocra-

cia? ¿Qué pensarían de ti al pretender semejante locura? ¿Qué se diría de mí por tolerarlo?

—Si ella pensaba como yo, la opinión de los demás me tendría absolutamente sin cuidado.

—No dudo, hijo mío, que a pesar de tus ideas, seguirás mis consejos.

Juan quedó triste, y al encontrarse, un po-



—No, madre, todavía no. Pero... ¡quién sabe si algún día!

co más tarde, con Rosaura, que regresaba de cortar unas flores, ella le preguntó la causa de su ensimismamiento.

—Juan, ¿qué le sucede?

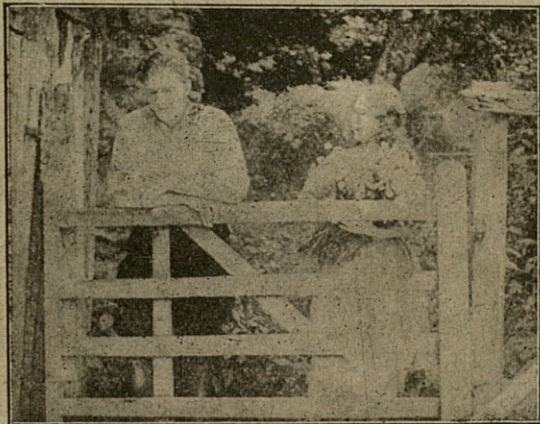
—¡Ah! ¿Es usted, señorita? Pues me pasa algo muy raro que no me entra en la cabeza.

Mi madre dice que yo no puedo querer a usted, y, a pesar de ello, yo la quiero muchísimo.

—¿Usted me quiere de verdad, Juan?

—Sí, Rosaura. ¡Sin usted yo no podría vivir, se lo prometo!

—¿Y en qué se funda su madre para prohibirle amarme?



—Juan, ¿qué le sucede?

—En que... usted es descendiente de aristócratas y yo no.

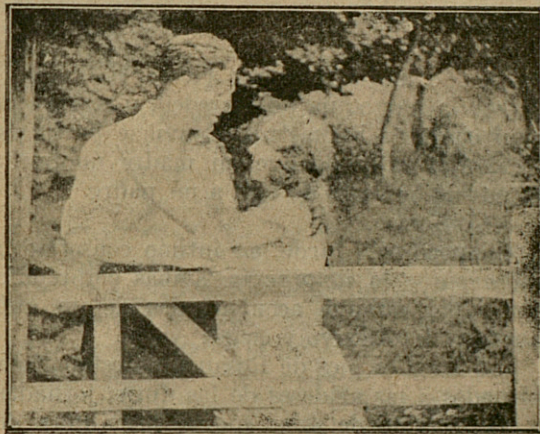
—Ellos no comprenden estas cosas, Juan. ¿Qué tiene que ver eso de las clases?... Yo también quiero a usted muchísimo.

—¿Pero soy yo realmente merecedor de tanta ventura, Rosaura de mi corazón?

—Sí, Juan. Y yo te amo desde el primer día que nos vimos.

—¿Tu amor es bastante fuerte para romper con todos los prejuicios sociales?

—Mi amor es mío, Juan, y puedo hacer con él lo que me dicte la conciencia. Y ésta me dice que tú eres el hombre que Dios me ha destinado.



—No, Rosaura. Yo estoy dispuesto a todo. Mira. Podemos casarnos en seguida.

—¿No te engañas a ti misma, Rosaura?

—No. Pero tus padres y los míos procurarán separarnos para que no seamos el uno del otro... ¡Hay que impedir a toda costa que lo consigan!

—¿Cómo?

—¿No me quieres para esposa?

—¿Casarnos?

—¿Te sorprende esta solución?

—No, Rosaura. Yo estoy dispuesto a todo. Mira. Podemos casarnos en seguida. Tengo once pesetas ahorradas... ¡Me parece que ya hay capital suficiente para una boda!

—Lo esencial es casarnos. Después, nuestros padres no tendrán más remedio que resignarse, ¿verdad?

—Desde luego.

—¿Y dónde nos vamos a casar?

—A la parroquia de Marsden, que dista de aquí cuarenta kilómetros. Conviene partir esta noche, antes de que mi madre no pueda menos de hablarle de esto a mi padre.

—Conforme.

Un poco más tarde, en íntimo consorcio la *inocencia* y la *ignorancia*, ambas emprendieron igual camino, acompañadas de un guía animoso, irreflexivo y ciego: Amor.

Los frágiles pies de Rosaura no estaban habituados a las arideces de las duras jornadas, y así, solicitó de Juan que le permitiera detenerse para descansar.

Y los ilusos peregrinos del Amor, puros y bravos corazones aún, se acogieron a la clemencia de las ruinas de una Abadía para pasar la noche.

Juan vela el sueño que venció a Rosaura, y la tentación, surgiendo de pronto, hizo cometer una locura...

En la realidad de la vida, no siempre se desarrollan los acontecimientos con arreglo a nuestros deseos ni tampoco con sujeción a nuestros planes.

Así, mientras Rosaura daba a Juan todo su amor, su madrastra, deslumbrada por las riquezas y abolengo noble de lord Belhurst, prescindiendo de sus escasas prendas morales, la destinaba a éste, delante de varios amigos, en ocasión de un banquete en su mesa, con la aquiescencia de lord Edwards, a quien ella había sabido sobornar a tal fin.

—Levanto mi copa en honor de las ilustres damas que, en esta memorable fiesta de esponsales, nos enaltecen con su presencia—dijo lord Belhurst.

Y como lady Edwards le indicase que cuando tratara a Rosaura vería que en ella se habían personificado la bondad y la inocencia, el prometido de ella añadió:

—Y dedico otro brindis a la belleza de una ausente: la encantadora hija de los dueños de esta casa, con la cual aspiro a una vida de amor y de felicidad.

Al despuntar de nuevo la aurora, fué advertida en la granja la fuga de los atolondrados muchachos, y es imposible describir la emoción que a los Haslar y a Elena les causó aquella locura.

Pero el señor Haslar, dominándose, buscó el medio de encontrar a los desaparecidos, y le

halló, recordando que su hijo no tenía dinero, ni Rosaura tampoco, para alquilar un carruaje, y que, por lo tanto, tuvieron que alejarse del pueblo a pie. Por poco que se hubiesen detenido, los alcanzaría con su coche, aunque tuviera que reventar la yegua.

Entretanto, Rosaura y Juan reemprendían el camino hacia Marsden, ansiosos de unir-



...se acogieron a la clemencia de las ruinas de una Abadía...

se ante Dios, y al cruzarlos un campesino, le preguntaron si faltaba mucho para llegar a destino y la dirección que debían tomar para presentarse ante el párroco.

—Faltan unos tres kilómetros—les respon-

dió aquél—. La vivienda del párroco está precisamente al lado de la iglesia.

Por su lado, la madre de Juan exclamaba al cielo:

—¡Qué ha hecho mi hijo, Dios mío, qué ha hecho mi hijo!

Elena, despechada, objetó a la dolorida mujer:

—No te debes mostrar sorprendida, tía. Ayer te lo previne con tiempo suficiente para evitarlo.

La yegua del señor Haslar volaba, y pronto recorrió los kilómetros que llevaban andados los dos fugitivos.

También encontró el señor Haslar al campesino que indicara a aquéllos la dirección de la vicaría, y por él supo que los muchachos no estaban lejos de su alcance.

Y con poca diferencia de tiempo llegaron los fugitivos y el señor Haslar a la casa del párroco, a tiempo el segundo de evitar que se consumara el enlace en proyecto.

—Desventurados, ¿qué hacéis?

—¡Padre! ¡No hay por qué oponerse a un deseo muy lícito y muy honrado!—respondió Juan con firmeza.

—¡Estáis locos!

—Pero, ¿no lo comprende usted? ¡Venimos a casarnos! ¿Acaso es una acción reproachable?—dijo Rosaura.

—¡Casaros! ¡Preguntadle al párroco si será capaz de autorizar esa enorme locura de la juventud!

—Pero, ¿por qué? ¿¿por qué?? ¿¿¿por

qué??? ¡Esto es una crueldad! — clamó Rosaura.

El párroco, mirando compasivamente a los jóvenes, murmuróles:

—¡Bravos y puros corazones aún! ¡Que Dios guíe vuestros pasos por el buen sendero!

El señor Haslar, enérgico, empujó a su hijo hacia la carretera, y quieras o no, le obligó, así como a Rosaura, a subir en el carruaje, para llevárselos a la granja, donde ansiosamente esperaba la señora Haslar.

Ni que decir tiene que el regreso de los fugitivos causó una muy viva alegría a la pobre madre, pero Rosaura enfermó, y durante su enfermedad ocurrieron cosas trascendentales.

Después de tres días de nerviosa postración, Rosaura se convenció de que, no obstante el violento fracaso de sus honestos propósitos, su amor hacia Juan se había fortalecido con más vigorosa consistencia todavía.

Sus primeras palabras, al reaparecer en el comedor de la granja, fueron las siguientes, en presencia de los Haslar:

—Estoy contentísima de encontrarme mejorada, porque tengo vivísimos deseos de hablar con Juan.

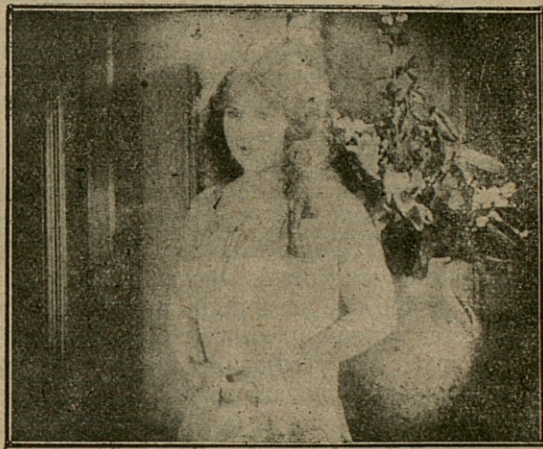
A lo que el señor Haslar, severísimo, respondió:

—¿Aun piensa usted en Juan? A estas horas va camino de América. Inútil es que pretenda usted verle más.

—¡Imposible!—clamó Rosaura—. ¡El y yo nos pertenecemos! ¿Con qué derecho se nos impone esta brutal e injusta separación?

—La lógica lo manda así, señorita. ¡Y usted, hoy mismo saldrá de esta casa, a la cual no ha traído usted sino perturbaciones y desgracias!

Rosaura, loca de dolor, lloró amargamente, y en medio de su profunda aflicción pensaba en lo inconsolable que debía estar Juan, obligado a marchar muy lejos de ella.



—Estoy contentísima de encontrarme mejorada, porque tengo vivísimos deseos de hablar con Juan.

También, dentro de su desgracia, comprendía Rosaura que se ignoraba que ella y Juan se pertenecían por haberse entregado el uno al otro libremente, ciegos de amor, y el te-

mor de que esa locura tuviera consecuencias la aterraba...

Entretanto, la madrastra de la infeliz recibía noticias de lo sucedido, es decir, de la fuga de Rosaura con Juan, y de la "suerte" que había tenido el señor Haslar de evitar que ellos se casaran...

Irritadísima, lady Sybil reflexionó sobre el asunto, y por sí sola ideó una solución provisional, para dar tiempo a Rosaura de olvidar...

Nannie, la institutriz de la desdichada, que había regresado inmediatamente a Londres después de acompañar a Rosaura a la granja de su hermana, fué llamada a presencia de lady Sybil, quien le habló de esta manera:

—Rosaura ha cometido una falta de mucha gravedad, y no la considero, de momento, digna de recibirla. Por otra parte, el que ella se haya puesto en ridículo con sus locuras, no será obstáculo que me impida alterar mis planes acerca de su inmediato matrimonio. Llévesela usted sin pérdida de tiempo a Granleigh, en donde quedará retenida hasta nuestro regreso en otoño. Y le advierto que hasta que yo lo juzgue oportuno, no ha de decir usted ni una palabra de esto a mi marido.

Nannie, presa de angustia, prometió cumplir las órdenes de su señora, y apresuróse a ir a buscar a Rosaura a la granja, para conducirla a Granleigh.

¿Qué falta había cometido la bondadosa muchacha?—se preguntaba Nannie perdiéndose en un mar de confusiones.

Nannie y Rosaura se encontraban en Granleigh, hermosa finca de los Edwards en pleno bosque.

Rosana no pudo ocultar a Nannie toda la verdad, la pura verdad, y el dolor de la institutriz era idéntico casi al de una madre en un caso parecido.

Y Rosaura buscaba protección en Nannie, la cual se veía impotente para dársela.

—¡Nannie! ¿Cómo es que tu cariño se contagia de la cruel indiferencia de los demás? ¡Ayúdame tú a casarme con Juan!—suplicóle, de rodillas, la cuitada.

Nannie, llorando, respondió, estrechando contra sí a la infeliz criatura:

—¿De qué valdrán mis influencias ante la decisión de mi señora? Sin embargo, como me avisó que hoy vendría, intentaré hablarle y suavizar su altivo rigor.

—¿Por qué lloras, Nannie? ¿Estás convencida de que mi madrastra no se apiadará de mí? Yo no lo estoy, porque creo que en el alma de una mujer siempre hay un poco de compasión. ¡Es más, abrigo la esperanza de que al fin lograré convencerla!

Lady Sybil llegó, en efecto, aquel día, a Granleigh, y antes de que Nannie tuviera tiempo de hablarle en favor de Rosaura, la orgullosa mujer se dirigió a ésta y, en tono desdenoso, le manifestó:

—Aunque no mereces que me ocupe de tu

porvenir, he venido a anunciarte tu casamiento con lord Belhurst.

Rosaura interrumpió a su madrastra para defender su verdadero amor:

—¡No me someta usted, por piedad, a tan doloroso sacrificio! ¡Juan debe ser mi marido! ¿Qué ley, ni humana ni divina, puede oponerse a esta lícita pretensión? ¡No labre usted con su tiranía mi desdicha eterna! ¡Ayúdeme usted, por Dios!

Lady Sybil abrió desmesuradamente los ojos al oír las exclamaciones de su hijastra, retrocedió de asombro, y, comprendiendo lo ocurrido entre Rosaura y Juan, dijo, dirigiéndose a la culpable y a Nannie a un mismo tiempo:

—¡Supongo que no se habrá hecho pública la monstruosidad de estas relaciones!

—De ningún modo, señora—respondió Nannie, haciendo un gran esfuerzo para hablar.

Lady Sybil tranquilizóse, y, dispuesta a que la falta de Rosaura quedase en la sombra, prosiguió, en tono persuasivo, pero con la misma crueldad de siempre:

—¡Ah, desdichada criatura! ¿No comprendes que con tus absurdas ideas rebajas tu dignidad social y pones en grave peligro de ruina la carrera política de tu padre?

Rosaura, toda a su dolor, dejó que hablase su madrastra, que dió, al punto de marcharse, estas instrucciones a Nannie:

—La señorita continuará aquí con usted. El aislamiento la hará tornar a la realidad y la convencerá, al fin, de que todo no ha sido más que ilusión engañosa de sus pocos años.

—¡Qué dureza de corazón! ¡Ah, si usted fuese mi madre!...—exclamó la desventurada.

—Por la dignidad de tu nombre, por la seguridad de tu porvenir, tu propia madre se habría conducido en igual forma que yo—afirmó lady Sybil sin remordimiento.

Y Rosaura hubo de obedecer a su madrastra.

Mientras que, en lejanas tierras, Juan vivía bajo la cariñosa tutela de un buen amigo, sin haber logrado, a pesar de la distancia, que se curara su corazón de la profunda herida que le causara el amor.

—¿Es posible, Juan, que no puedas apartar de tu mente el recuerdo, ni de tus labios el nombre de esa mujer?—le preguntó, cierta vez, su amigo, sorprendiéndole infinitamente triste.

—No la olvidaré nunca... nunca... Esa mujer es mi primer y último amor. ¡Ah, si yo supiera dónse se la llevaron sus padres!...

Algún tiempo después, lady Sybil, sorda a las súplicas de Rosaura, insensible a todo estímulo de compasión, no tuvo escrúpulo en sacrificar a la muchacha en aras de su orgullo insaciable.

* * *

Cuatro años después.

Rosaura, arrastrando resignada el ominoso sacrificio a que su madrastra la condenara, se encontraba en Egipto junto con su marido.

Concertado el matrimonio de Rosaura y lord

Belhurst como lo fué, o sea, sin amor por ambas partes, era imposible que ellos fueran felices, y ocurrió que, poco después de la boda, pasada la época "melosa" a que su capricho la consideró digna, el esposo volvió a sus antiguas costumbres mujeriegas, ganándose con ello, paso a paso, el desprecio de Rosaura.

Lord Belhurst, acostumbrado a dominar, no pudo habituarse a la indiferencia que hacia él sentía Rosaura, y un día, durante la hora del te en el hotel donde se hospedaban en Oriente, la resignada esposa fué objeto de un brutal arranque de despecho mal entendido del irrespetuoso marido, que la plantó en público, yéndose a divertirse en un café donde bailaban hermosas mujeres.

Desesperada, Rosaura buscó consuelo en comunicarse por carta con su buena Nannie, y retirándose a su habitación, le mandó la siguiente carta:

Inolvidable Nannie:

Cuatro años hace que tu pequeña Rosaura vive entregada al horrible suplicio de llamarse la esposa de lord Belhurst.

¿Cabe mayor tormento, querida mía, que el de convivir con un marido soberbio e intratable, entregado con afición ciega a la bebida y a todo género de reprochables excesos?

¿Sabes algo de Juan? No puedo resistir a la tetnación de preguntártelo, aunque tú desconozcas dónde está. Es un pequeño desahogo del corazón, un leve respiro del espíritu. El recuerdo de su gran amor alivia la tortura de esta vida, plena de dolor y de humillaciones.

Las pasiones humanas elaboran sus nudos extraños sobre el complejo tejido del destino.

Juan, continuaba errante trabajando dondequiera y como fuera, impulsado solamente por el afanoso y natural deseo de olvidar, aunque en vano trataba de conseguirlo.

Y quiso la casualidad que Juan fuese, a su llegada a Egipto, al café indígena al que con-



...y un día, durante la hora del te en el hotel donde se hospedaban en Oriente, la resignada esposa fué objeto de un brutal arranque de despecho.

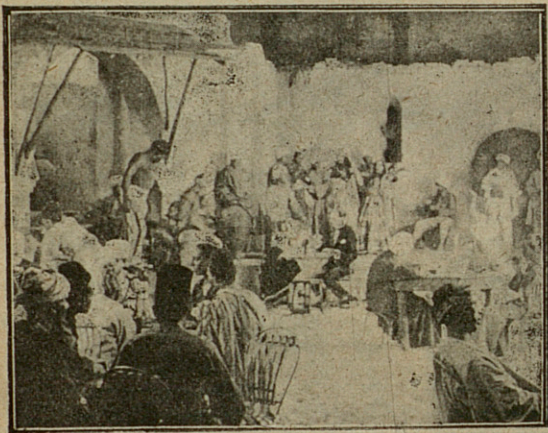
currían los turistas amigos de la bullanga exótica, y del que lord Belhurst era uno de los más desaprensivos y cínicos clientes.

Juan ignoraba que aquel no era el ambien-

te que él buscaba, y se sentó a un velador aislado completamente de los demás.

Y desde su sitio vió a lord Belhurst, a quien desconocía, tratando de besar a la fuerza a una bellísima y voluptuosa oriental, ante cuya grosería un indígena, amigo de la atropellada, se lió a puñetazo limpio con el osado.

Como, al intervenir el indígena, varios le



Y quiso la casualidad que Juan fuese, a su llegada a Egipto, al café indígena...

imitaron, y lord Belhurst corría serio peligro de dejar allí su pellejo, Juan, por vehementes impulsos de su corazón magnánimo, intervino generosamente en la dura e inesperada contienda.

Viendo los indígenas que tenían la de per-

der, estaban dispuestos a todo para no dejar sin el merecido castigo al causante de la riña, y el amigo de la oriental ofendida arrojó, desde lejos, su cuchillo sobre lord Belhurst, hiriéndole gravemente.

Un conocido del agonizante corrió al hotel en busca de un doctor, y como dió la noticia de la gravedad del herido delante de todas las personas reunidas en la sala de lectura del establecimiento, Rosaura se enteró, y sin atender a otras razones que a las de su conciencia, se trasladó al café donde lord Belhurst esperaba la muerte.

Poco antes de llegar el doctor y Rosaura al citado café, lord Belhurst había rogado a Juan, después de agradecerle su ayuda, tan noble como ineficaz por la fuerza de las circunstancias, que lo llevase al hotel, sin duda para morir al lado de su mujer, que todos los pecadores sienten la necesidad de redimirse a la hora de la muerte.

Al ver a su marido en tan crítico estado, Rosaura se echó a llorar, y suplicó al doctor que lo curase.

—¿Cómo ha podido suceder eso, doctor?... ¿No es cierto que usted cree que se salvará?— preguntaba ansiosa al médico mientras éste examinaba detenidamente al herido.

—No debía usted haber venido, señora. Yo no sé nada. Pero este caballero que fué testigo presencial, podrá informarla—respondió el doctor, refiriéndose a Juan.

Rosaura miró al joven que le señalaba el doctor, Juan hizo lo propio con ella, y al recono-

cerse el uno y el otro, se apoderó de ellos una honda e inenarrable emoción, tanto más fuerte cuanto que el reencuentro se efectuaba en aquella hora solemne y angustiosa.

Y el uno y el otro respetaron el presente para olvidar el pasado, que los autorizaba a echarse en sus respectivos brazos:

* * *

Dos días después, Rosaura se vió a solas con Juan, a quien así habló:

—Quiero expresar a usted mi sincera gratitud por su noble y humanitario comportamiento. Mi esposo, herido de gravedad, ha sido trasladado al hospital.

Juan, con infinita tristeza, murmuró:

—Después de estos años de larga e inquietadora espera, ¡qué dolor para mí, Rosaura, el de encontrarla a usted en semejante trance!

—¡Es lo que tengo que agradecer a mi madrastra, Juan! Su orgullo y su ambición la obstinaron en entregarme a ese hombre, que por vicioso y brutal es merecedor de mi odio más encarnizado.

—¡Pobre Rosaura!... ¡Era usted, ciertamente, digna de más elevado destino! Y ahora, ¿qué es lo que yo puedo hacer en obsequio de usted?

—Nada, Juan. ¡Tal vez sea mi predestinación continuar indefensa y resignada este doloroso calvario de sufrimientos y de sacrificios. Y usted, Juan, ¿qué hará?

—Me voy a Inglaterra. ¡Víctimas del hu-

mano egoísmo, hemos de separarnos para siempre; pero siempre también viviremos unidos por el sublime y doloroso recuerdo de nuestro único amor. Adiós, Rosaura...

—Adiós, Juan...

Ni el uno ni el otro querían llorar, pero lloraron con la mayor amargura de su vida.

Ya en Inglaterra, a donde se dirigió en busca de reposo a su atribulado espíritu, Juan visitó a Nannie en la casa de campo que los Edwards le cedieron, y tuvo la satisfacción inefable de conocer a su hijo, cuyo nacimiento ignoraba.

—Horrible cosa es vivir, tía Nannie, cuando la vida es tan amarga como la que Rosaura y yo arrastramos. ¡Menos mal que he encontrado con mi hijo un reparador consuelo a mis pesadumbres!—dijo Juan, abrazando a su querido ser.

Nannie sería completamente dichosa si Rosaura pudiese también reconocer a su hijo, y la Providencia, como si la hubiese oído, permitió que se cumplieran los deseos de la buena mujer.

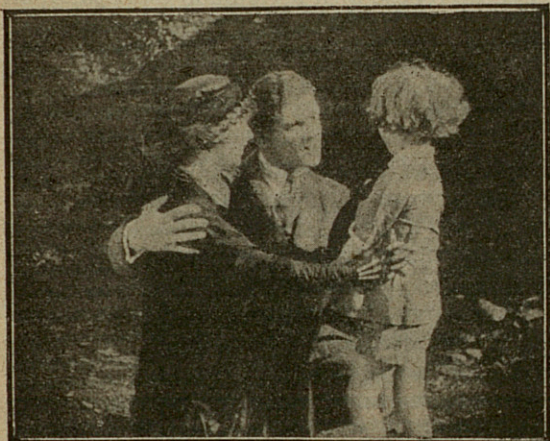
En efecto, mientras Juan y su hijito jugaban junto al riachuelo cercano a la casa de campo, Rosaura llegó al lugar, con su dama de compañía, en un lujoso *auto*, deteniéndose un poco antes de destino, para ir a pie hasta la casita, pero mandó que la anticipara aquélla para sorprender doblemente a Nannie.

Y sucedió que Juan, reconociéndola, dejó solo al niño para acercarse a ella a fin de vencerse de que no soñaba, y Rosaura, son-

riendo levemente, le demostró la alegría que su corazón experimentaba al encontrarle allí.

—¿Cómo explicar tu llegada aquí, Rosaura?

—¿No te lo indica mi sombrío vestir? Sí, Juan: mi marido murió poco después de tu marcha. ¡Dios tuvo la clemencia de apiadarse de él... y de mí!



—¡Hijo mío, esta señora es tu madre!

El niño, impaciente, gritó desde lejos:

—¡Eh, papá, papá, ven en seguida!

Rosaura, atónita, preguntó a Juan:

—¡Cómo!... ¿Por qué te llama padre este muchacho?

Juan, amoroso, contestóle:

—Esta inmensa ventura de llamarme padre la conozco ahora. Y tu dicha será completa, cuando sepas que eres tú aquella a quien puede dar el dulce nombre de madre. ¡No murió al nacer nuestro hijo, como falsamente te hicieron creer!

El niño miraba extrañado a Rosaura, que le tendía los brazos, y Juan, empujándole a ella, le dijo:

—¡Hijo mío, esta señora es tu madre!

—¿De verdad eres tú mi mamá?

—¡Hijo mío, mi vida, qué alegría tan grande!

—Pues si eres mi mamá—continuó el niño—ven a ayudarme a cazar ranas.

—Sí, hijo mío, sí... todo lo que quieras... Papá y yo sólo viviremos para ti.

—¡Rosaura adorada!

—¡Mi Juan! ¡Nuestro hijo sí tiene madre, una madre que todo lo sacrificaría por su felicidad... una verdadera madre!

FIN

Revisado por la censura gubernativa

Pida usted LA NOVELA ÍNTIMA CINEMATOGRAFICA BIOGRAFÍA DE «ESTRELLAS» DEL CINE
Números publicados.—1, Alice Terry; 2, Rodolfo Valentino; 3, Lillian Gish; 4, Antonio Moreno; Próximo número, jueves, Gloria Swanson.

PRÓXIMO NÚMERO

la deliciosa novela

Un buen Ingeniero

INTÉRPRETES PRINCIPALES

AGNES AYRES

WALLACE REID

THEODORE ROBERTS

Sugestivo asunto

Postal regalo:

AILEEN PRINGLE

32 Páginas

10 Fotografías

PRECIO 30 CTS.

LA NOVELA FILM
se pone a la venta
en toda España to-
dos los martes.

Colecciones completas y números
sueltos atrasados a precios corrien-
tes, de venta, en LA SOCIEDAD GE-
NERAL ESPAÑOLA de LIBRERÍA, S. A.
Barbará, 16 - BARCELONA,
en sus Agencias de Provincias
y en todos los Kioscos de España

